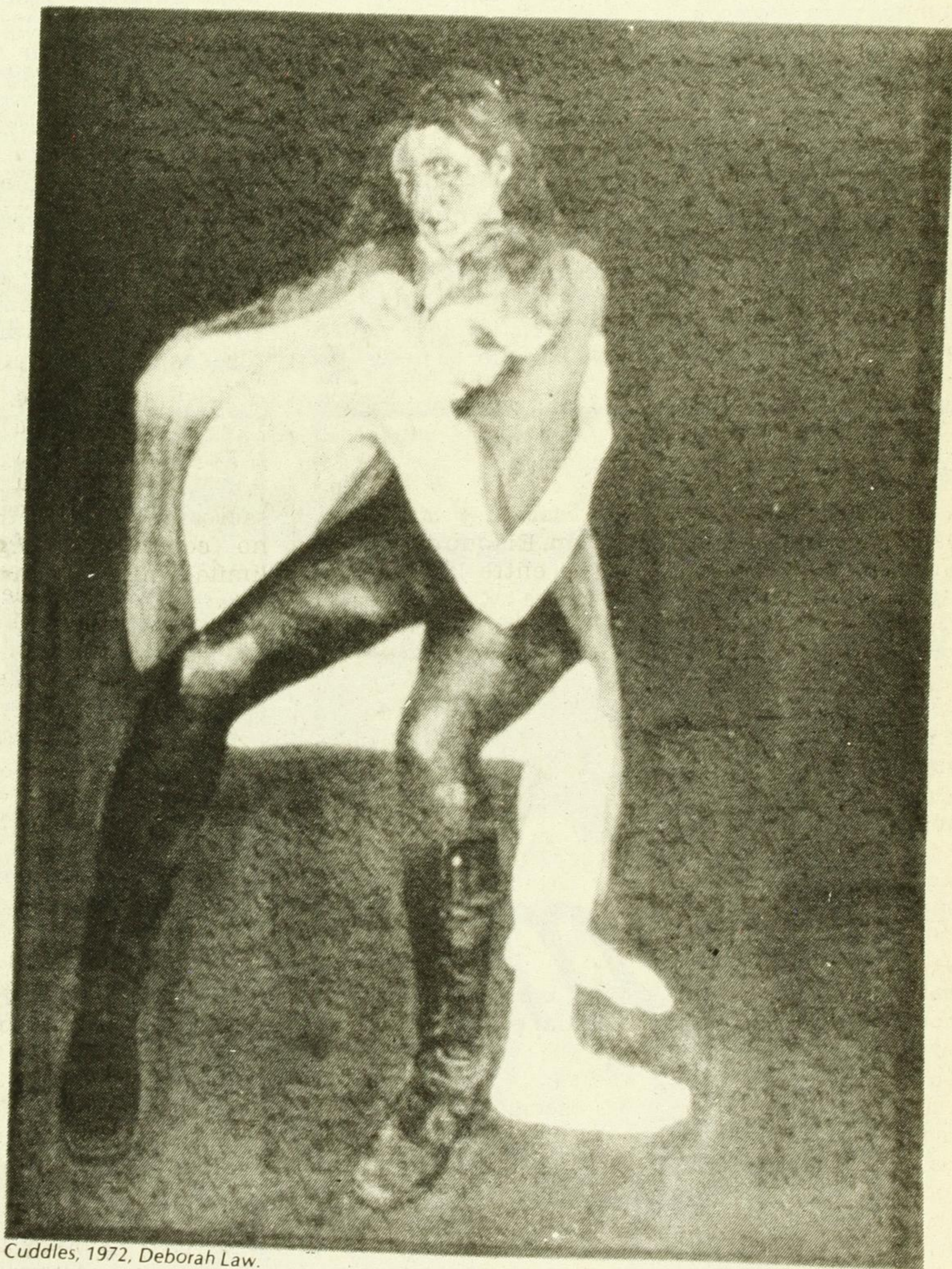


Teatro

"De la vida de las marionetas", o el guiñol de las colombinas

Si hay algo que no se le puede reprochar a Ludvik Margules es el haber sabido traducir en su obra cierta visión del mundo, de las relaciones y de los sexos, la cual parece compartir plenamente con Ingmar Bergman aunque, a veces, se le revierte en una forma un tanto terrorista. Las observaciones (muy resumidas) que siguen no pretenden poner en tela de juicio la calidad de la puesta en escena y del trabajo de los actores sino las concepciones ¿ideológicas? que subyacen a la obra.

Primer punto: las figuras femeninas de la obra. En el pasado: Cordelia Egerman, la madre castrante, chantajista, vencida por el tiempo. En el presente: Katarina Egerman y la prostituta K., la esposa y la puta. La innovación (con respecto a Bergman) de Margules consiste en hacer alternar en los pape-



Cuddles, 1972, Deborah Law.

les de Katarina y de K. a dos actrices (Julieta Egurrola y Rosa María Bianchi) de manera que se suscite en el protagonista masculino (Peter Egerman, Fernando Balzaretto) una eventual confusión entre los dos personajes. Proposición que se justifica si se considera que el asesinato de la prostituta K. por Peter Egerman corresponde a una fantasía de matar a su esposa. Pero, por otro lado, la confusión trae en su cola una ambigüedad en la asociación esposa-puta que además queda respaldada por la construcción del personaje de Katarina Egerman. Mujer independiente y de cierto éxito profesional y social, Katarina es descalificada por dos hechos: el adulterio y el alcoholismo. Primero, quizás no tanto por el adulterio en sí (son cosas que pasan en las mejores familias) sino por el hecho de que se acuesta con el psicoanalista-amigo de su marido, y a quien Peter confiesa sus fantasías mórbidas. Segundo, esta mujer se ha realizado socialmente pero para eso, tiene que pagar un precio: es alcohólica (moralista: la realización profesional de una mujer no conduce a nada bueno). En resumen, una figura femenina triptica: madre-esposa-puta, un cuadro clásico y por demás conocido en cierta mítica masculina.

Segundo punto: el hombre o el poder del verbo. Con la descalificación caricaturesca de las figuras femeninas, queda realzada la figura masculina central. A semejanza de Dios-padre, el poder de Peter Egerman reside en el verbo: es un brillante expositor de sus contradicciones, errores, fantasías y has-

ta de su crimen. A diferencia de las mujeres que se traban, lloran y hacen berrinches, los hombres (de Bergman y Margules) conservan una ecuanimidad y una sinceridad a toda prueba, una aparente imparcialidad, un rico vocabulario hasta en los peores momentos, que hacen de ellos héroes renovados (en realidad nunca dejan advertir su "menstruación" mental tan cíclica como la de las mujeres). La redención del crimen llega por el verbo: "sé brillante en tus discursos y saldrás exento de toda culpa". El héroe bergmaniano tiene voz y voto, no deja de ser nunca un sujeto, un principio activo y así, el crimen queda a mitad de camino entre la explicación y la justificación: a final de cuentas, la culpa está del lado de las mujeres que han hecho de este hombre una pobre víctima de su tiranía secular.

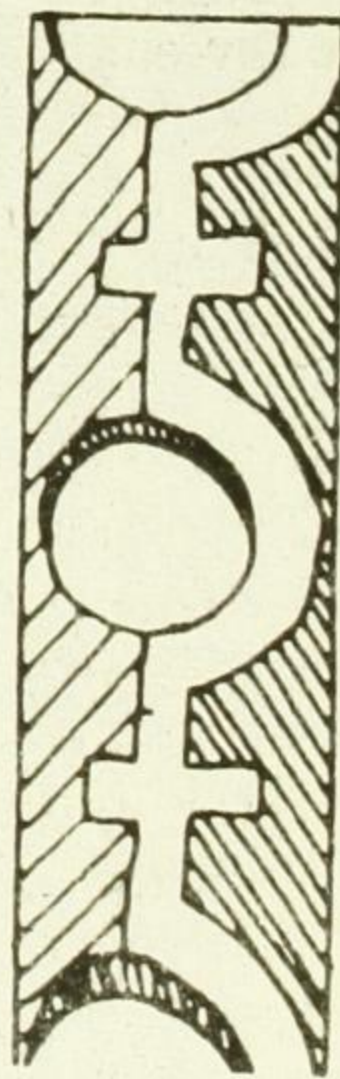
Tercer punto: Entre la explicación y la justificación. El tono de la obra oscila entre la encuesta policiaca y el historial psicoanalítico, lo cual indica que se buscan causas a un acto. La obra pretende descalificar al psicoanálisis en tanto que instrumento de explicación de las conductas humanas pero, en realidad, por su organización misma, la obra no se aparta en ningún momento del itinerario psicoanalítico ortodoxo (del lado de los lacanianos, las cosas hubieran resultado diferentes). Porque Margules escogió una precisa organización de las secuencias (alejándose de Bergman en ese punto), no deja nunca de "explicar" cuando sólo pretende "mostrar". En la reconstrucción de los

hechos está el hilo rojo que atraviesa la obra y guía hacia la explicación final: la culpa la tienen las mujeres, Peter es tan sólo una víctima de un supuesto sistema matriarcal. Como contrapunto de esa manera de "mostrar" tendenciosa, está por ejemplo R.W. Fassbinder que sí logra mantenerse en la otra orilla de la explicación.

Cuarto punto: la civilidad de Bergman-Margules. La "salida" dada al drama es el asesinato de la prostituta K.: un acto desviado, un asesinato indirecto que a final de cuentas salva la instancia-institución del matrimonio. Frente a ese "caso" totalmente plausible, pienso en el "caso Althusser", no menos real. Este fue más radical, más terrorista con respecto a su sociedad: "mato a mi mujer porque ella es el verdadero objeto de mis fantasías y obsesiones y con mi gesto, digo que el sacrosanto matrimonio no constituye ningún límite a mis fantasías de muerte" (un Bataille no castrado por la civilidad de Bergman). Porque hay que advertirlo: Bergman-Margules pueden pasarse las horas exponiendo las desgarraduras y atrocidades de la pareja matrimonial pero la salida final no corresponde a la consecuencia última de la trayectoria señalada. No quiero hablar aquí de lógica sino solamente dejar entrever la otra posibilidad del drama: ¿qué hubiera pasado si Peter Egerman hubiera realmente matado a su esposa? Sospecho que la respuesta habría sido el mismo silencio atónico que acogió la noticia del crimen de Althusser. Puede ser que Margules

(en innovación con respecto a Bergman) haya intuido algo en la permutación de los papeles esposa —puta y en la naturaleza del crimen— al menos esto es lo que sugiere el juego de alternancia entre las dos actrices. Pero, sin afán de rehacer la puesta en escena, quiero plantear otra proposición: ¿qué hubiera pasado si Margules hubiese organizado técnicamente la sucesión de las secuencias de tal manera que la misma actriz pudiera representar los dos papeles a la vez? Pienso que en ese caso, la crítica a la institución-matrimonio resultaría radical en el sentido en que permitiría una confusión quizás ya no únicamente entre las dos figuras femeninas sino entre los dos planos de realidad y fantasía, quedando la duda de que el crimen se inscribiera en uno u otro plano. Pero, finalmente, hay que aceptar que cada quien liquide sus cuentas a su manera...

Fabienne Bradu



Ingmar Bergman, **De la vida de las marionetas**. Traducción: Juan Tovar. Adaptación y dirección: Ludwik Margules. Escenografía e iluminación: Alejandro Luna. Foro Sor Juana Inés de la Cruz, Centro Cultural Universitario, UNAM, México, D.F.



Foto de Graciela Iturbide

Chismes de las muchachas que salen a trabajar

Tuvieron muchas dificultades para que las dejaran salir a trabajar sobre todo el papá porque en el pueblo hablan mucho de ellas, "nomás inventan cosas para hablar de nosotras, muchos muchachos dicen que no se van a casar con las que trabajan en las congeladoras y del pueblo todas trabajan, pero claro que después ellos mismos caen. Les levantan muchos falsos, unas sobrinas de nosotras andaban diciendo que estábamos embarazadas y que los hijos los hablamos dejado en el Seguro Social".

Por una parte les gusta trabajar pero por otra les gusta quedarse en el pueblo, "siempre nos enfadamos cuando trabajamos de 8 de la mañana a 8 de la noche pero cuando estamos en la casa después de un tiempo ya nos queremos ir". Trabajan 7 meses al año y parece ser que los de la congeladora querían trabajar todo el año, pero a ellas no les gustó la idea.

"Las muchachas no van al norte porque hablan mal de ellas, con que vayamos a Zamora hablan mal, nunca podemos ir a ningún lado. Somos bien atarantadas cuando vamos a Zamora no sabemos ni dónde bajarnos del camión y todo nos da pena, nos han de ver".

"A los muchachos si los dejan ir al norte, y vuelven bien orgullosos, algunos se juntan por allá con las gringuillas, dicen que son muy locas que hasta los siguen a los muchachos, hay otros que si vuelven a casarse. Un muchacho nos dijo: mejor cállense la boca porque no es cierto lo que andan diciendo del norte, vale más irse a ver".

Sólo los hombres se les permite tomar, "dice el hombre que no nomás el puro trabajo, que de vez en cuando hay que echarse una, las mujeres no toman nada. El vino da valor, una vez fuimos a una fiesta en la Piedad y andábamos baile y baile sin pena, y nomás con una copita".

Grupo de muchachas del Rincón y la Barranca 562 Obreras en congeladora

Antes se robaban a las muchachas con pistola y machete. Entraban a la casa y se la llevaban a la juerza si les gustaba. A veces hasta herían a los que la querían defender a la muchacha. Se las llevaban al monte y luego la venían a pedir a sus papás. La mayoría sí se casan con ellos aunque no lo quieran y aquí no si usa el divorcio. Si no se llevan se aguantan. Aquí si usa que les peguen a las mujeres sus esposos cuando están borrachos. Parece que ellas entre más les pegan más los quieren. Dicen que no saben lo que hacen. Las mujeres casi no se emborrachan. Los hombres sanos todos son buenas personas, pero cuando no tienen nada qué hacer, como orita que no quiere llover, se sientan a rascarse la panza y a beber.

Carmen García
Campesina de Atecucario, Michoacán